

tido, la «utilidad» de la película (de las películas) de Allio sea discutible. Sin embargo, dentro de un entendimiento de juegos y claves dramáticas, de la concepción de una película como mundo cerrado en sí mismo, de la apreciación de sus valores o sus «utilidades» sólo a partir del reconocimiento de que el «discurso» de la película está desarrollado con un planteamiento dialéctico lúcido en sí mismo, la obra de Allio adquiere todo su interés. Y sobre esta posibilidad versa en el fondo su película. Sobre la utilidad o no del arte, sobre su eficacia y sus resultados. El mundo de la expresión puede ser un mundo ficticio, pero sólo porque su forma de desarrollo suele ser falsa, porque el planteamiento de la historia cerrada es una combinación de truculencias y no el lógico devenir de unos hechos expuestos con una dialéctica válida.

«L'une et l'autre» es, sin llegar a la obra maestra, una inesperada película que pretende clarificar algunas de las posturas posibles en ciertos espíritus de izquierda. ■ DIEGO GALAN.

TEATRO

Triste polémica de las dos funciones diarias

A partir de una entrevista publicada en el dominical de «ABC», ha vuelto a plantearse en España el tema de las dos representaciones diarias. El empresario daba una serie de argumentos para señalar la necesidad económica de que tales dos representaciones se realizaran. Numerosos actores replicaron. De hecho, se creó una especie de estado de opinión interesado en aclarar el problema. La cosa llegó hasta cuajar en una especie de debate «show» en el que Alberto Closas era el acusador de estas dos funciones diarias y Zori y Santos sus defensores. Incomprendiblemente, puesto que eran gentes de teatro las que allí se habían reunido, no



CANCION

PACO IBAÑEZ, EN PARÍS

La actuación de Paco Ibañez en el Palacio de los Deportes de París se presentaba erizada de obstáculos: 5.000 localidades muy difíciles de llenar, en un lugar situado en la periferia de París, un lugar que apenas tiene, encima, tradición de «music hall»; fechas mal elegidas, publicidad tardía, idioma extranjero... Han sido tres días de actuación. El primero llenó media sala, más de 2.000 localidades, pero con un público «selecto» —Paco Rabanne, Costa Gavras, Arthur London, Baudilio Castellanos...—, poco expansivo y comunicativo. En las dos sesiones siguientes, público y entusiasmo fueron creciendo, hasta llenar el amplio recinto. Hasta el extremo de que puede hablarse de apoteosis. «¡Paco, Paco!», el grito rítmico, característico ya en sus actuaciones en Francia, da fe de un éxito que pocos cantantes —franceses o de fuera— logran aquí. Ahora prepara su próxima gira a América. ■ R. L. CH.

hubo fallo y Lorenzo López Sancho, que representaba al Jurado, hubo de decir, según hemos leído, que había votos a favor y votos en contra, por lo que no podía pronunciarse una decisión precisa. El hecho, en definitiva, vuelve a remitirnos a la frase de siempre: cada uno tiene lo que se merece. Y si las gentes de teatro no están todas de acuerdo —ya sé que mucha gente sería no se ha manifestado— sobre la necesidad de destruir las dos funciones diarias, no parece que sea posible que esta aberración desaparezca. Argumentan los empresarios, con cierta razón, que el teatro suele ser mal negocio y que hacen falta las dos representaciones diarias. Señalan que el Estado está cobrando una serie de impuestos que van en contra de la pretendida

función cultural del teatro. Concluyen que no tiene ningún sentido hacerse una serie de planteamientos al margen del negocio si luego el teatro para vivir tiene que ser negocio. Los empresarios tienen y no tienen razón. Seguramente la tienen en tanto que individuos concretos que se dedican a explotar el hecho teatral. Pero el teatro no debe moverse en ese terreno, a no ser para decir que existe actualmente una incompatibilidad entre las exigencias de ese negocio y las exigencias del teatro como hecho artístico y del actor como individuo privado. Dos representaciones diarias son casi siempre un fraude, a menos, claro está, que se trate de revistas o de comedietas, que exigen la presencia física pero no la tensión psicológica y emocional que obliga a

falsar el trabajo cuando se hacen catorce representaciones semanales. Existe también el problema individual del actor, la necesidad de que lleve una vida normal al nivel de las realidades de otros españoles. No basta que gane una fortuna diaria. No se le debe permitir que gane una fortuna diaria a cambio de su enajenación. Si el actor sale al escenario para representarnos, para encarnarnos, hemos de pedirle una lucidez, un equilibrio, una formación cultural, un desarrollo que correspondan a la función de su trabajo. Por otra parte, no se entiende por qué otros sectores sociales han conquistado una mejora de sus condiciones de trabajo, un horario más breve, unas mayores vacaciones, un mayor tiempo libre, en definitiva, mientras el actor sigue haciendo las mismas representaciones que hace muchos años. Hablar de dinero, decir que el actor gana mucho, es sólo un aspecto del problema. Aquí no se reivindican salarios, se reivindica tiempo para hacer honestamente el trabajo.

El problema, pues, está claro: el actor no puede hacer dos funciones diarias, no las hace en casi ningún lugar civilizado del mundo. Y en los lugares poco civilizados no hay, tal como lo entendemos nosotros, teatro. Si resulta, como se apunta en alguna de las respuestas a la encuesta, que la culpa de ello la tienen los impuestos, la aberración sería evidente. Porque, por un lado, tendríamos en juego la función ético-social del teatro, que obliga no sólo a protegerlo —como, de hecho, y con arreglo a los criterios de la Administración, se hace en alguna medida económica—, sino a dignificar el trabajo del actor, y, por otro, al Estado imponiendo cargas que hacen imposible que el teatro se estructure de un modo coherente. ■ JOSE MONLEON.

ARTE

Una serie de exposiciones, especialmente la de Max Ernst,

me ha retenido en París una semana, más o menos. La exposición de Max Ernst es por sí misma lo suficientemente significativa como para escribir de ella en alguna ocasión próxima. Las otras... Las otras requerirían las páginas de una revista especializada. Pero llego a Madrid con el tiempo justo para entregar mi colaboración regular. ¿De qué escribir? Las exposiciones madrileñas, hoy, día de la Ascensión, están cerradas. Ahora me acuerdo que ayer mismo, sin ir más lejos, vi una bellísima exposición de grabados de Miró y de Clavé en una galería nueva que se llama Visión Nouvelle.

Consideraciones sobre el grabado

¿A quién voy a descubrir? Esas obras, por lo que veo, no son inéditas. Por lo menos en la que se refiere a Miró, yo ya había visto muchas de ellas: algunas en la galería Gaspar, de Barcelona; otras en la galería Pelaires, de Palma de Mallorca. Y lo de Clavé también lo había visto en parte. No vale la pena añadir a todo eso un nuevo comentario. Lo que sí vale la pena comentar es que en París nace una nueva galería dedicada fundamentalmente a la obra gráfica.

¿Por qué a la obra gráfica? Porque la obra grabada señala una de las dimensiones posibles en el futuro de la difusión del arte. La otra dimensión es la obra editada en un número limitado y controlado de ejemplares: la obra seriada, el múltiple. Por cierto que en esa actividad sistemática de la edición múltiple de obras de arte no necesariamente grabadas, nuestra madrileña galería Serie es verdaderamente precursora a nivel universal y su actividad en tal sentido es ejemplar.

¿Qué pasa con la obra multiplicada? ¿Qué pasa con el grabado? Lo que pasa es que, hoy más que nunca, esas expresiones del arte se están convirtiendo en una necesidad.

Por supuesto, la obra única conserva, y probablemente continuará conservando siempre, su carácter carismático. Por «Las Meninas» pasó el